

dirle perdon. Abisai, hermano de Joab, muy enojado de ver á Semei delante del rey, dijo: «¿Piensa este buen hombre solo con palabras satisfacer, habiendo maldecido al ungido del Señor?» Mandó David callar á Abisai, y dió palabra con juramento á Semei de que no moriría por el delito cometido. Miphiboseth tambien llegó á David, y dióle queja de que Siba le habia dejado solo, sin quererle obedecer, habiéndole mandado que aparejara un asno para ir en seguimiento de su rey, pues él era impedido de los pies; y que sobre esto le habia falsamente acusado de lo que nunca habia imaginado. En todo esto dijo verdad Miphiboseth, mas no bastó para que David anulase la disposicion que contra él, sin oírle, habia dado, haciendo señor de su hacienda á Siba: solo mandó que la dividiesen entre los dos (*). Vuelto David á Jerusalem, puso á las diez concubinas, que habia Absalon viciado, en una casa separada, donde las suministró alimentos, sin mas tratar con ellas.

Pasado esto hubo grande hambre en el reino de Israel, que duró tres años: reveló el Señor á David, que venia aquel azote por un pecado que Saul habia cometido contra los gabaonitas, quitando las vidas á algunos de ellos. Mandólos David llamar, y preguntóles con qué se satisfarian de aquel agravio. Respondieron ellos que no querian plata ni oro, mas ya que Saul habia muerto á muchos de su nacion, querian que muriesen igualmente algunos de su linaje. Consultando sin duda David al Señor, y sabiendo que su voluntad era que diese á los gabaonitas la satisfaccion que pedian, perdonó á Miphiboseth hijo de Jonatás, y puso en manos de aquellos, dos hijos de Saul, nacidos de Repha, concubina suya, y cinco hijos que Micol habia adoptado, habiendo nacido de Merob, su hermana, y de Hadriel: los cuales fueron crucificados juntos en el monte vecino á Gabaa, como victimas de expiacion. Con este sacrificio se aplacó el Señor, y envió lluvia sobre la tierra, y cesó el hambre.

Considérese en este hecho el rigor de la justicia divina contra los pecadores: muchos años habian pasado desde que Saul

(*) Esta resolucion de David da á entender que no quedó convencido de la inocencia de Miphiboseth, y que solo por un efecto de su bondad mandó devolverle la mitad de sus bienes. Si es verdad, como creen muchos Intérpretes, que Siba estaba presente, su silencio mismo le condenaba; y si estaba ausente, David podia llamarle y apurar la verdad. Entre tanto quedó castigado el inocente, y el calumniador recompensado; y esto por aquel rey que se tenia por el mas justo de la tierra. Esto mismo avisa á los reyes que teman mucho á los lisonjeros. (Scio, not.)

cometió aquel delito de crueldad contra los gabaonitas, matando algunos de ellos: y muerto Saul, y perdido el reino, Dios no se aplacó hasta que crucificaron á sus hijos y nietos. Nadie se atreva á pecar, diciendo Dios es misericordioso, porque aunque lo es infinitamente, tambien es justo, y hasta hoy nadie pecó que mas ó menos tarde no pagase la pena de su pecado. Considérese, asimismo, que Dios muchas veces castiga todo un reino por culpa de uno.

Mandó David á Joab que hiciese la numeracion ó encabezamiento de toda la gente de Israel: halláronse de la tribu de Judá quinientos mil hombres de guerra, y de las otras tribus ochocientos mil, no contando las mujeres, ni los viejos, ni niños. Pero advirtiéndole David demasiado tarde que en hacer este censo habia obrado movido de una oculta vanidad y soberbia, le remordió la conciencia, y pidió perdon á Dios de su pecado. Envióle el Señor el profeta Gad, quien le dijo, que por su contricion Dios le perdonaba la culpa; mas para castigo y pena de ella le daba á escoger una de tres cosas: siete años de hambre, tres meses de guerra, ó tres de peste. Consideró David, y dijo para sí: Si pido hambre, á mí que pequé, y por quien viene el azote, poco ó nada me alcanzará; si pido guerra, sucederán muchas insolencias, crueldades y desafueros, de las cuales seré yo siempre el mejor librado. Respondió, pues, al profeta: «Señalo la peste, porque mejor es caer en manos de Dios, cuyas misericordias son sin número, que en manos de hombres.» Vino luego tan grande peste, que desde la mañana á la tarde murieron setenta mil hombres. Tan horrible estrago llenó á David de dolor y consternacion: trocó las vestiduras reales con el austero traje de penitencia, postróse en tierra, y levantando los ojos vió en el aire sobre la era de Areuna Jebuseo, un ángel con la espada desnuda en la mano, la cual estendia sobre Jerusalem: «Yo soy, exclamó, el que he pecado, yo el que he obrado inicuaemente: conviértase sobre mí tu ira, y ten piedad de este infeliz pueblo.» Movido Dios de sus ruegos y lágrimas, le mandó por el profeta Gad que levantase un altar, donde habia visto el ángel, y le ofreciese en él sacrificio. Obedeció David: fué á la era de Areuna, quien luego que vió al rey y supo el objeto de su visita, ofrecióle graciosamente la era, y los bueyes con que araba, para que los sacrificase, y leña; mas David no quiso aceptarlo sino por su precio, y pagándosele, levantó altar y ofreció el sacrificio, con el cual Dios se aplacó, y cesó la peste inmediatamente en Israel.

Nótese aquí en confusion nuestra, lo que este santo rey hizo, que no quiso ofrecer á Dios en sacrificio, sino lo que le costase

dinero; nosotros ofrecemos á Dios de ordinario palabras, ó deseos, que todo cuesta poco, y obras y hacienda pocas veces, porque cuesta mucho.

Estaba ya David muy viejo, y su cuerpo tan helado y frio, que sus vestidos no le daban calor; por lo cual sus cortesanos le buscaron y le casaron con una doncella jovencita y muy hermosa, llamada Abisach Sunamítide: ésta le regalaba, y le asistía, aunque del casamiento quedó doncella como lo era antes que se casase. La Glosa dice que se figuró en este desposorio el de Cristo y su Iglesia.

Salomon fué entre los hijos de David el que Dios escogió por sucesor de su padre, á quien habia ya declarado su voluntad; mas aun permanecia secreta esta eleccion. Cuando por su ancianidad iba el rey poniendo el pié en el borde del sepulcro, todo Israel tenia en él fijos los ojos, ansiando ver á cual de sus hijos señalaria por sucesor. Su primogénito Adonías, de hermosa figura y de altos pensamientos, tomó la iniciativa, y dijo con arrogancia: «Yo reinaré.» Se equipó de carruajes magníficos, y principió á darse aires de soberano, paseando por la capital rodeado de guardia de caballería y precedido de cincuenta hombres que corrían delante de él. Favorecían sus pretensiones Joab, y Abiathar sacerdote; con cuyo auxilio congregó fuera de la ciudad cerca de una fuente llamada Rogel una gran multitud; hizo un gran sacrificio de carneros y becerros y luego un gran convite, para obsequiar á los confidentes de su partido, al cual asistieron tambien todos sus hermanos hijos del rey, excepto Salomon.

Aconsejada Bersabé del profeta Natan, quejóse á David de lo que pasaba, pidiéndole el cumplimiento de la palabra que le habia dado de que Salomon su hijo seria rey después de sus días: David al momento mandó llamar á Sadoch, sacerdote, á Natan, profeta, y á Banaias, capitán, y mandóles, que juntando sus guardias y un buen número de soldados, hicieran sin demora la coronacion de su hijo Salomon; el cual montado en la mula del rey, con aparato y majestad real, fué llevado fuera de la ciudad á un campo llamado Gibon, donde recibió la uncion real de manos del sacerdote Sadoch. Concluida la ceremonia, tocóse la trompeta, y todo el gentío prorumpió en gritos de *viva el rey Salomon*. En seguida volvió el príncipe á Jerusalem al son de las trompetas y entre las reiteradas aclamaciones del inmenso pueblo que le seguía. Oido el alboroto por los que estaban por Adonías, y sabido el caso, cada uno se fué por su parte, y Adonías al tabernáculo no teniendo por segura su vida. Salomon le aseguró, aper-

cibiéndole que si vivia quieto, ningun daño le sobrevendria por él.

Después de haber asegurado la corona en las sienas de Salomon, y entendiendo que le llegaba la muerte, llamó á Salomon, y dijo: «Yo voy al lugar adonde van á parar todos los mortales: muéstrate tú superior á tu edad; dando pruebas de valor, de sabiduría y de inteligencia en el manejo de los negocios. Observa los mandamientos del Señor, y tu reino irá siempre en prosperidad. Ya sabes el agravio que Joab me hizo, y como mató á traicion á dos capitanes de Israel, Abner y Amasa; con prudencia procurarás que pague con la vida semejantes delitos. A los hijos de Berzellai, galaadita, harás mucho bien, y les harás comer á tu mesa, pues salieron á recibirme y socorrerme cuando iba yo huyendo de Absalon tu hermano. Ahí te queda tambien Semei, aquel que se desvergonzó contra mí, y me maldijo: yo le juré cuando salió á recibirme á la vuelta de aquella jornada, que no le mataria; pero tú no permitas que quede impune su delito.» Cuarenta años habia que reinaba David, y tenia setenta de edad cuando murió lleno de felicidades y merecimientos y en el ósculo de Dios, que le habia perdonado sus ofensas, en el día 20 de diciembre, segun el Martirologio Romano, del año de la creacion 2989, ó sea el 1011 antes de la venida del Mesías. Sepultáronle en la ciudad de Jerusalem dentro del alcázar de Sion.

En la vida fué David muy prudente, humilde, amigo de la justicia, dado á la oracion y gran penitente; y lo mismo mostró en la muerte: fué además gran profeta, y escedió á otros muchos en la multitud de misterios revelados. Compuso ciento y cincuenta salmos, como afirma S. Agustin (*de Civit. Dei* l. 7. c. 14.): los cuales reunió Esdras en un volúmen y libro, después de la cautividad de Babilonia, como siente S. Hilario (*in Prol. Psalm.*), y en ellos sumó todo lo que en el antiguo Testamento está escrito, y trató tambien en ellos de la Encarnacion y otros misterios de la Redencion humana. Lo que escribe es mas como evangelista que como profeta, y así el *Salterio* de David deberia andar en manos de todos los cristianos, como breviario de toda la divina ley, y como devocionario donde están recogidas todas las peticiones que el siervo de Dios debe hacer.

Muchos son los lugares en que se nombra á David en la divina Escritura; como en el libro segundo de los Reyes y primero del Paralipomenon, que contiene muy por menor los heroicos hechos de David. En un salmo dice de sí, que con juramento le prometió Dios, que habia de descender de él su Hijo,

según la carne, haciéndose hombre en doncella de su linaje: y así lo declaró el apóstol S. Pedro, como escribe el bienaventurado S. Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde nombrando á David delante de los israelitas, dice que su sepulcro estaba entre ellos; no dijo su cuerpo, donde parece que se puede colegir, que fué David uno de los que resucitaron con Jesucristo, y S. Agustin dice, que es cosa dura no creerlo así (*D. Aug. epist. 99. ad Evodium t. 2.*), y siendo cierta la opinion de los que dicen, que sin tornar á morir subieron al cielo, en cuerpo y alma, puede tenerse que fué David uno de ellos. Y es grande loa, y autoridad suya. Los profetas tambien hacen honorífica mencion de David. S. Mateo, el primero que nombró escribiendo el linaje de Jesucristo, según la carne, fué David, llamándole hijo suyo; y al mismo Jesucristo, las personas afligidas para moverle á misericordia, le llamaban hijo de David, como la Cananea, y el ciego, que pedia limosna cerca del camino. San Pablo le nombra en sus epístolas, y S. Juan en su Apocalipsi.

La Iglesia católica usa de la historia de David como está en el primero y segundo libros de los Reyes, en las lecciones de los matines de la cuarta dominica después de Pentecostés y siguientes. (*Villegas, Sant. ant. Scio not. etc.*)

La misa es en honra de Sto Tomás, y la oracion la que sigue:

O Dios, cuyos intereses defendió el glorioso pontífice Tomás muriendo por la Iglesia á manos de los impíos, conceded, que todos los que imploran su ayuda, reciban el efecto saludable de su peticion. Por nuestros Señores, etc.

La Epístola es del apóstol S. Pablo á los hebreos, cap. 5, y la misma que el día 1, pág. 20.

REFLEXIONES.

Para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados. Cuando no hubiéramos tenido en la ley nueva sino aquellos sacrificios imperfectos establecidos por el mismo Dios por medio de Moisés, debíamos, decía un sabio, asistir á ellos con reverencia, respetar aquellas carnes muertas, y mirar con un santo horror aquellos toros degollados y sacrificados á un Dios vivo; debíamos postrarnos ante aquellos altares cargados de oblationes y de anatemas. ¿Qué lecciones y qué preceptos no dió el Señor á su pueblo para enseñarle el respeto con que debía asistir á aquellas

religiosas ceremonias! Sin embargo de no ser todo esto sino sombras y figuras del gran sacrificio de la nueva ley, era bastante para merecer todos los homenajes, y para ocuparlos de un santo temor siempre que se hallaban presentes á ellos; ¿y nosotros tendremos siempre necesidad de los ejemplos de un pueblo indócil y grosero para aprender á no ser impíos? ¿será siempre necesario traernos á la memoria aquellas sombras y figuras para hacernos asistir con menos irreverencia al sacrificio incruento del cuerpo precioso y de la adorable sangre de Jesucristo, del que no eran sino figuras los sacrificios y ceremonias de la ley antigua? Nos pasmamos al ver los terribles azotes de que se sirve Dios para castigarnos. Es verdad que tenemos en nuestra mano con que aplacar á un Dios irritado; la víctima que se sacrifica sobre nuestros altares es mas que bastante para desarmar su enojo. ¿Pero ignoramos que es muy justo castigue Dios con severidad la menor irreverencia que se cometa contra ella? Oza cae muerto de repente solo por haber alargado la mano con poco respeto hácia el arca, aunque lo hizo por un motivo loable; ¿y qué castigos no ha hecho Dios sobre los que asisten sin respeto al santo sacrificio! La justicia de Dios siempre es la misma: la divina víctima sacrificada por nuestros pecados se profana muchas veces en la misma inmolacion. ¿Cuántas veces la sangre del divino Cordero, derramada para alcanzar misericordia, clama al cielo por la venganza contra la profanacion y el sacrilegio! El hereje es impio, rehusando creer la presencia real de Jesucristo en el sacrificio de la misa; ¿pero es menos irreligioso y menos criminal el católico que creyendo esta real presencia asiste á este tremendo sacrificio con tanta irreligion y con tan poco respeto?

El Evangelio es del cap. 10 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: Yo soy buen pastor. El buen pastor da por sus ovejas. Pero el mercenario, y que no es pastor, quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y abandona las ovejas, y el lobo roba y dispersa las ovejas. El mercenario, pues, porque es mercenario y no tiene interés por las ovejas, no soy buen pastor: y conozco á las mías, y las mías me conocen. Como me conoce el Padre, así yo tambien conozco al Padre: y doy mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas, que no son de este rebaño; y conviene que yo las traiga, y oirán mi voz, y se harán un rebaño y un pastor.

MEDITACION.

Sobre el fin del año.

PUNTO PRIMERO. — Considera con qué velocidad se pasan los días y los años. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de todo tiempo: dichoso aquel cuyos días son días llenos. Todos corremos día y noche al sepulcro, sin que nada nos detenga, sin que nada sea capaz de prolongar el término fijo de nuestra muerte: he aquí que tienes un año menos de vida. Este año ha pasado, y no volverá mas. Todos nuestros días están contados, y estos días no se nos han dado sino para que trabajemos en el importante negocio de nuestra salvacion. El año que acabamos no se nos habia dado sino para que trabajásemos en este grande y único negocio. ¡Qué consuelo el de aquel que ha procurado santificar todos los días de este año! Desengañémonos, el tiempo de la vida no se nos ha dado para amontonar riquezas, para divertirnos, para hacer fortuna. Este tiempo es demasiado precioso para ser tan mal empleado. Dios tiene otro fin muy diverso al darnos un cierto número de años; pretende que el empleo que hagamos de un tiempo tan corto nos merezca una eternidad bienaventurada. Buen Dios, ¡qué cuenta daremos á este Señor riguroso, á este juez severo de tan bellas horas perdidas, de tantas ocasiones como hemos tenido durante este año para ganar el cielo, para hacer un tesoro de merecimientos si hubiéramos correspondido á la gracia, y nos hubiéramos aprovechado de tan santas inspiraciones! Siervo malvado y perezoso, dirá el Señor enojado, que tienes tan poco zelo por mi servicio, pues habiendo recibido de mi tanto, me vuelves tan poco; yo te quitaré ese talento que se malogra en tus manos; yo te quitaré ese tiempo de que abusas tan indignamente: *Et tempus non erit amplius*. Entonces abandonados á todos los rigores de la justicia divina, y precipitados á las tinieblas exteriores, atados de pies y manos, es decir, privados para siempre de la luz y de la ayuda de la gracia, gemiremos eternamente, suspiraremos por estos días y estos años perdidos; desearemos, pero en vano, hacer revivir uno de estos momentos de salvacion, de que hemos hecho en vida tan mal uso. No aguardemos á arrepentirnos entonces, pues podemos hacerlo ahora con provecho; formemos en este mismo instante la resolucion de aprovecharnos de todo el tiempo que de hoy en adelante estuviere á nuestra disposicion.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el fin de este año debe acordarte el de tu vida, cuya duracion es tan corta y tan incierta. El tiempo que te queda que vivir pasará tan rápidamente como el que ya has vivido, y quizá te quedará mucho menos del que tú piensas. ¿Quién sabe si vivirás lo que basta para ver el fin del año siguiente, y aun morirás antes que este se acabe? No hay hombre que no piense vivir aun uno ó muchos años; y sin embargo no hay uno que quisiera responder con sus bienes, y mucho menos con su cabeza, de la vida de otro, ni aun por pocos días. De todo esto ¿qué se debe concluir? Oigamos al Apóstol: Procurad, hermanos míos, escribía á los de Efeso, procurad andar con precaucion: *Videte itaque, fratres, quomodo cautè ambuletis.* (Ephes. 5.) No como hombres sin razon que dejan escapar las ocasiones preciosas de obrar su salvacion, sino como hombres cuerdos que todo lo sacrifican por aprovecharse del tiempo, cuyo precio conocen, y para emplear bien unos días tan cortos y tan críticos, cuya pérdida es tan de temer. Si no alojamos en la práctica del bien, escribía él mismo á los de Galacia, cogemos á su tiempo el fruto de nuestro trabajo. Obremos, pues, el bien mientras tenemos tiempo para hacerlo. *Tempore enim metemus non deficientes. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum.* (Galat. 6.) No hay una accion buena y hecha en gracia de Dios, por pequeña que sea, aunque no sea mas que un vaso de agua dado en nombre de Jesucristo, que este Señor no recompense con un aumento de gracia en esta vida, y de gloria en la otra. El mismo Señor es quien lo dice. ¡Cuántas de estas coronas hemos perdido ya por nuestra negligencia, lo que no podemos llorar bastantemente, y por cuya pérdida debemos estar inconsolables! ¿Pero seremos dignos de disculpa si dejamos escapar las que el cielo nos presenta todavía, solo por emplear mal el tiempo que nos concede para merecerlas? El tiempo es corto, nos advierte en otra parte el Apóstol (Cor. 7.); y así solo hay un partido que tomar, y es, que todos los que usan de las cosas de este mundo, vivan como si no usaran de ellas; porque la figura de este mundo pasa, y nosotros debemos llevar nuestros pensamientos mas allá de esta vida, hasta los bienes sólidos y eternos que serán nuestra recompensa. Juzguemos ahora cuánto tiempo hemos perdido, y cuántos abusos hay que reformar en nuestra vida. Porque sin hablar de los vicios y desórdenes groseros, ¡cuántas inutilidades y superfluidades hallaremos en ella! ¡cuántas horas, y quizá días enteros empleados en bagatelas, en la ociosidad, en los cuidados de una vana compostura, en visitar, en ver-gentes, en jugar y hacer todo lo que no se debía hacer, de-